

Formación en valores



**HACER BIEN
LAS COSAS**



Contenido:

Los animales también trabajan	4
El pelapapas	7
El cuento del oso	12
Ejercita la memoria	14
Laberinto del esmero	15
Sopa de letras.	16
Manos que ayudan	17
Piensa...	19



Si haces bien las cosas pequeñas,
también harás bien las grandes.

Diseño: Amber Darley y Agnes Lemaire

Los animales también trabajan

Hola. Soy Pablo, y hoy les contaré algo que me pasó cuando era joven.

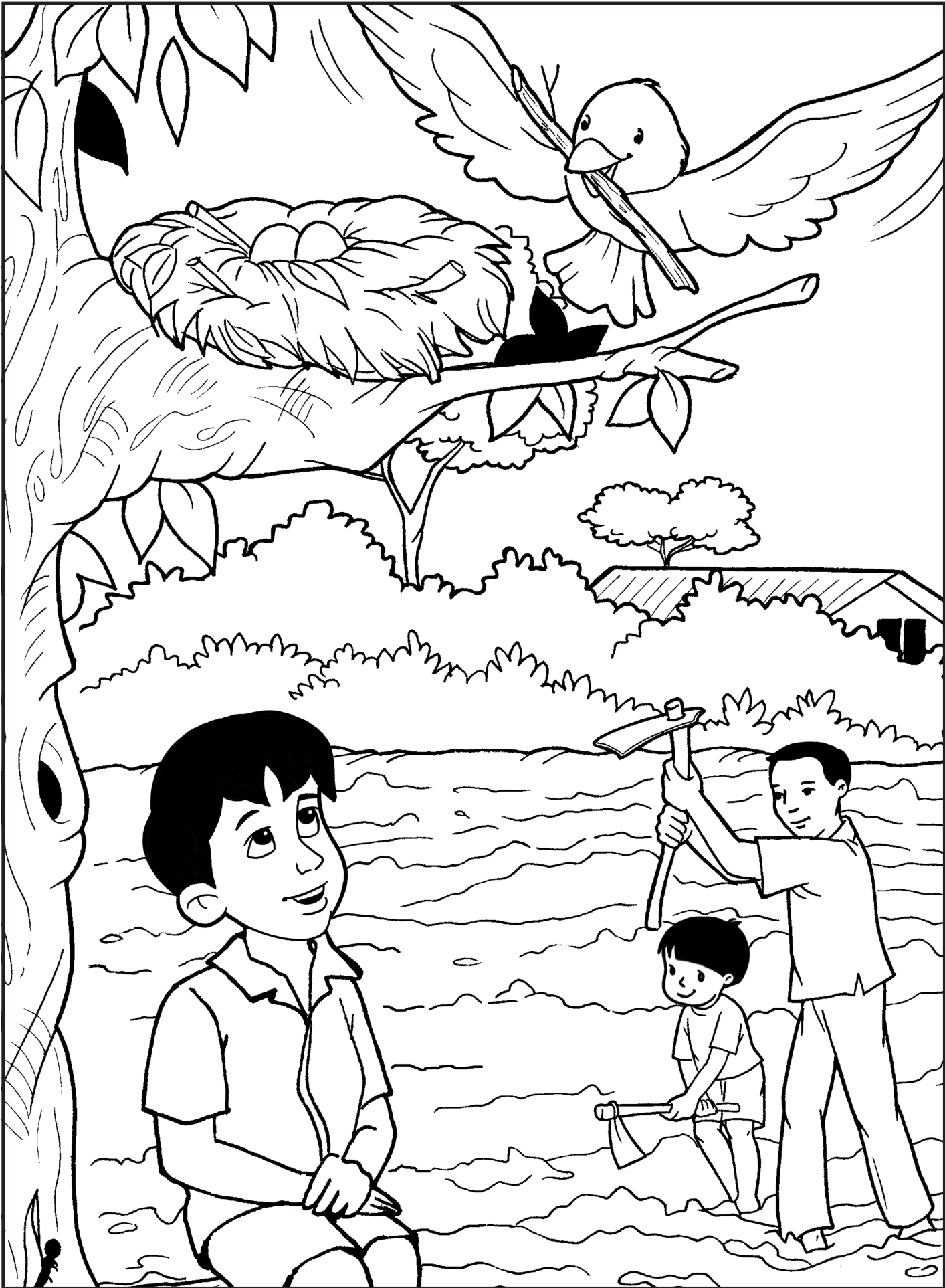
Había llegado la época de la cosecha y trabajábamos de sol a sol recogiendo hortalizas. Era muchísimo trabajo, así que mi madre, mis hermanas, mis hermanos y yo ayudábamos a mi padre y a los demás hombres. En aquella ocasión en particular la situación estaba más difícil que nunca porque apenas un mes antes nos habían robado todos los aperos que usábamos para cosechar. No nos quedó más remedio que pedir prestadas algunas herramientas a otros campesinos, pero como ellos tampoco tenían suficientes, varios de nosotros nos vimos obligados a cosechar con las manos.

Tras muchas horas de faena bajo un sol abrasador, decidí sentarme a descansar unos minutos a la sombra de un árbol. Ya llevábamos una semana cosechando y estaba empezando a cansarme de tanto trabajar. Mientras bebía de una jarra de agua que nos había traído mi madre, me puse a pensar: «Ojalá no tuviera que trabajar tanto, apenas soy un niño. ¡Cómo me gustaría correr libremente por el campo como un venado, o ser uno de los otros animales que al parecer no tienen que trabajar!» Al rato, noté que mientras yo perdía el tiempo distraído con mis pensamientos, todos los demás seguían trabajando sin parar. Sabía que no estaba bien que me ausentara tanto tiempo, de modo que me levanté para reanudar mi parte del trabajo. Al final del día nos sentamos a disfrutar de una deliciosa carne que se había estado asando toda la tarde a fuego lento. Otra vez me puse a pensar en la libertad que tanto me hubiera gustado tener. Como dice el refrán: «Gusta lo ajeno más por ajeno que por bueno».

Al día siguiente me levanté muy temprano, de madrugada, con una idea fija: salir de casa antes de que se levantaran los demás e irme adonde nadie pudiera encontrarme ni llamarme a trabajar. Quería pasarme el día a solas entre los animales. Procurando no hacer ruido para que nadie se despertara, reuní unas cuantas provisiones, llené una botella con agua –lo suficiente para el día– y salí sigilosamente por la puerta de la cocina.

Me pasé la mañana disfrutando del campo, pero al llegar el mediodía comencé a pensar que a lo mejor mi familia estaría preguntándose dónde me habría metido. Como la propiedad era muy grande, tal vez pensarían que estaba atendiendo a otras tareas en otro rincón del campo. Jamás se les cruzaría por la cabeza que estaba desatendiendo mis deberes. Sin embargo, mientras ellos trabajaban esforzadamente bajo el inclemente sol, yo descansaba a la sombra de un árbol. Observaba los pájaros y escuchaba cómo se llamaban los unos a los otros.

Al principio me resultó agradable estar allí, solo, haciendo lo que más me gustaba, sin pensar para nada en el trabajo que había que hacer para que nuestra comunidad se sostuviera. Al cabo de un rato, sin embargo, me di cuenta de que no iba a participar en la alegría común de la cena, cuando celebrábamos todos juntos un buen día de trabajo. Entonces pensé: «Qué importa, si total solo faltaré una vez». Pero a ese pensamiento le siguió otro, no tan despreocupado: «Uy, pero si yo no estoy ahí para hacer mi trabajo, ¿quién lo estará haciendo por mí? ¿Será mi hermanita menor? A lo mejor esté trabajando con mi mamá, llevándoles agua a los hombres y reemplazándome en mis tareas... Uf, no me gustaría que tuviera que hacer mis tareas, es demasiado pequeña. Pero si no las hace ella, entonces, ¿quién?» No podía dejar de pensar. Cuanto más pensaba, más me preocupaba. «¿O será que mi hermano –el que tiene dos años más que yo– tendrá que hacer el trabajo de los dos?» Porque si de algo estaba seguro era de que el trabajo tenía que hacerse; no había vuelta que darle. De lo contrario, no habría suficiente para alimentarnos a todos. ¡Cuántas



veces me había repetido mi padre aquello de que «muchas manos trabajan menos»! Tenía claro que cuantas más manos hubiera, menos trabajo le tocaría a cada uno.

Fue entonces que tomé la decisión de volver a mi trabajo, por difícil que me resultara presentarme ante mi familia y mis amigos y confesarles que me había pasado la mañana en pleno ocio. Estaba a punto de levantarme para volver a los campos cuando caí en cuenta de algo importante: hasta entonces, yo creía que las plantas y los animales lo tenían todo muy fácil. Nunca me había percatado de que los animales trabajan y tienen que esforzarse por encontrar comida, igualito que nosotros. Justo me rondaba esa idea en la cabeza cuando de pronto bajé la vista y vi una hormiga que llevaba a cuestas lo que a ella debía de haberle parecido una enorme brizna de hierba. La brizna era mucho más larga que el cuerpo de la hormiguita. Observé el tamaño esfuerzo que hacía para subir por el tronco de un árbol y transportar la hierba hasta el hormiguero. Me imaginé que seguramente se habría preparado un hogar dentro de aquel tronco, junto con sus amigas. Me puse a pensar en lo que sería tener que cargar cinco sacos de granos en la espalda aunque, felizmente, nunca había tenido que hacerlo. No pude menos que admirar la fuerza y la diligencia de aquella hormiga, que trabajaba tanto para que su hogar fuera lo mejor posible.

De repente escuché el fuerte chillido de un pájaro y dirigí la mirada hacia la rama donde se había posado. Vi cómo agregaba una ramita nueva a su nido para asegurarlo mejor al árbol. Noté lo mucho que le costaba hacerlo, y me di cuenta de que ese trabajo exigía paciencia y mucha destreza. Se las ingeniaba para hacerlo con el pico y las patas, pero como no tenía manos, no le resultaba nada fácil. Traté de imaginarme cómo sería tener que hacer mi trabajo sin emplear las manos. Me sería casi imposible. Y sin embargo, aquel ave trabajaba con entusiasmo, y hacía lo que tenía que hacer, por difícil que fuera.

Me dio vergüenza haber faltado al trabajo y sobre todo que, por mi culpa, la carga se volviera aún más pesada para los demás. Me percaté de que toda la naturaleza disfruta trabajando diligentemente. Regresé a la aldea arrepentido y me dirigí hacia el campo para dar una mano con lo que aún quedara por hacer del trabajo de ese día. Justo vi que mi madre trataba de levantar algo pesado y con gusto la ayudé. Cuando se percató de que estaba a su lado, notó que algo en mí había cambiado. Vio en mis ojos que el trabajo ya no era una mera obligación para mí: que lo hacía por amor y consideración por los demás. Esa noche, cuando compartíamos la cena, me puse a reflexionar acerca de la valiosa lección que había aprendido. Quería formar parte de ese maravilloso grupo de seres que se levantan todos los días para trabajar. Quería que nuestra comunidad fuera un lugar feliz donde vivir. Aprendí que cuando todos trabajamos juntos, cada una de las tareas que realizamos puede proporcionarnos gran satisfacción. Y cuando descansamos y celebramos el trabajo realizado, nos sentimos en paz, pues sabemos que lo hicimos con todas nuestras fuerzas.



- ¿De qué manera afectaron la falta de compromiso y la pereza de Pablo a sus seres queridos?
- ¿Qué aprendió Pablo cuando se detuvo a estudiar el comportamiento de los animales?
- Describe cómo te sientes cuando pones empeño en tus tareas y te salen bien.
- ¿Qué podría motivarte a cumplir con tus deberes de buena gana y hacer tus tareas cada vez mejor?



El pelapapas

Era un espléndido día de sol. Manolo y Lupita estaban jugando a la pelota en el patio con unos amigos, cuando su abuelo los llamó para que entraran a lavar los platos. De mala gana interrumpieron el juego y se dirigieron a la cocina. Y sí, lavaron los platos, pero la verdad es que no lo hicieron de todo corazón porque, como comprenderán, hubiesen preferido quedarse jugando afuera a tener que ocuparse de las tareas de la casa. Sin quitarle los ojos de encima al partido de fútbol, que se veía de lo más bien a través de la ventana de la cocina, Manolo dejó correr el agua para llenar el fregadero. Tan concentrado estaba que se le olvidó cerrar la llave. Es que, no quería perderse ni un solo gol.

–¡No lo puedo creer! ¡Juan acaba de meter gol! –gritó Manolo, entusiasmado.

–¡Manolo! –exclamó Lupita–. ¡Dejaste el agua corriendo!

–¡Uy, qué desastre! ¡Se ha inundado toda la cocina! –dijo Manolo–. No te preocupes, yo me ocuparé de limpiar–. Volviendo rápidamente a la realidad, salió corriendo a cerrar la llave.

En ese preciso instante entró el abuelito y al ver que el piso estaba completamente inundado, preguntó:

–¿Qué pasó, niños?

–¡Lo siento mucho, abuelito! Estábamos llenando el fregadero para lavar los platos y... –explicó Manolo, compungido.

–¡Lo que pasó es que nos distrajimos con el partido de afuera y el agua se derramó por todo el piso! –agregó Lupita, tratando de redondear la explicación de su hermano.

El abuelo les pasó el trapeador y dijo:

–Bueno, muchachitos, ahora concéntrense y sequen bien todo esto, porque si queda mojado alguien podría resbalarse y darse un buen golpe. ¡Lo único que falta es que alguien se nos accidente!

–Tienes toda la razón, abuelito –respondió Manolo y se puso a secar con todas sus ganas.

Poniéndole suavemente la mano en el hombro a Lupita, el abuelo dijo:

–Pues ya ven, por mirar el juego y distraerse conversando no prestaron atención a la tarea que debían hacer. A mí también me pasó algo parecido una vez.... Hace muchos años, resulta que mi hermano me consiguió un empleo en la cocina de la cafetería de una universidad, donde él también trabajaba. Corría el año 1934 y yo tenía 15 años. Conmigo trabajaban dos compañeros más. Mi amigo Beto no era muy trabajador que digamos.

–¡Uf, estoy hartito! Esto de tener que pelar papas para mil alumnos es demasiado trabajo, ¡sobre todo cuando hay que tenerlas listas para el desayuno! –se quejó.

–¡Tienes razón, es bastante trabajo pero por lo menos nos pagan bien! –le recordé.



Mi amigo Jaime agregó:

–Pues sí, además es divertido trabajar entre amigos. Al menos contamos chistes y la pasamos bien trabajando juntos. ¿No tienes algún chiste nuevo, Beto?

–Pues no, ustedes ya se conocen todo mi repertorio. Hablemos sobre lo que vamos a hacer cuando nos paguen. ¿Por qué no empiezas tú? –sugirió Beto, señalándome a mí.

–Pues, yo tengo que trabajar para pagar el alquiler de mi habitación y costearme los estudios. Pero me basta con trabajar unas pocas horas al día antes de las comidas. Además, me abre el apetito, –les dije. A Jaime y Beto les pareció de lo más chistoso, porque a decir verdad ya para entonces ellos también empezaban a sentir hambre.

En ese preciso instante el cocinero se puso el delantal para prepararse para su labor diaria.

Beto lo vio primero.

–Vamos, ¡a trabajar! Que ahí viene el cocinero.

El cocinero se nos acercó y dijo alegremente:

–¡Buenos días, chicos! ¡Hoy les tengo una sorpresa!

Y echó a andar un aparato rarísimo que traía en la mano.

–¿Y eso qué es, señor? –le pregunté.

–Les haré una demostración –nos contestó el cocinero inflando el pecho de orgullo–. Beto, por favor, pon todas las papas que hay en ese saco dentro del contenedor de metal.

–¿Va a lavar las papas con ese aparato? –preguntó Jaime, muerto de curiosidad.

–¡Tengan paciencia y observen bien! Esta máquina nos va a facilitar muchísimo el trabajo.

Apenas Beto acabó de acomodar todas las papas en el contenedor, dijo el cocinero:

–¡Muy bien, eso es! Ahora aseguramos bien la tapa y a encender la máquina. ¡Miren bien lo que sucede, muchachos!

La máquina se puso a girar a gran velocidad haciendo unos extrañísimos ruidos, y el cocinero nos advirtió:

–Deben recordar siempre que esta máquina no puede funcionar nunca más de tres minutos a la vez. Muy bien. ¡Ya está! ¡Vengan a ver! –nos dijo, mientras levantaba emocionado la tapa. Todos nos quedamos sorprendidos al ver el producto terminado.

–¡Increíble! ¡Las papas ya están todas peladas! –dije. Y Jaime agregó:

–¡Miren! ¡Todas las cáscaras salen por aquí directo al tacho de basura!

–Pero, ¿cómo funciona? –pregunté.

Al cocinero no le faltaban ganas de explicarnos las maravillas de que era capaz su nuevo juguete.

–Primero se lavan las papas suavemente. Dentro del tambor hay una serie de pequeñas ranuras, y cuando comienza a rodar, ¡ellas se ocupan de quitarles la cáscara a todas las papas! Eso sí, les recuerdo que si no apagan la máquina a los tres minutos, ¡tendrán problemas!

Manolo y Lupita escuchaban el relato de su abuelo con mucha atención. Manolo preguntó:

–Y, ¿qué pasaba si no se apagaba a tiempo?

–Pues les contaré lo qué sucedió el día en que se nos olvidó apagarla. Llegamos a la cocina antes que el cocinero, como de costumbre, y nos pusimos a trabajar. Al ver el menú, murmuré:

–¡Otra vez papas fritas para el desayuno! ¿Por qué tendrán que comer tanto?

Es que detestaba pelar papas. Para tratar de levantarme el ánimo, Beto me dijo:

–¡Hoy está fácil! El pelador de papas hará el trabajo por nosotros. Para eso está.

–Buena idea, ¡échalo a andar! –me dijo Jaime–, y mientras la tecnología moderna se ocupa de nuestro trabajo, ¡nosotros podemos descansar y echarnos unos buenos chistes!

Luego Beto me preguntó:

–Dime una cosa: ¿Cómo es posible que tu hermano sea tan fuerte y tú tan flaco y debilucho? –¿A qué te refieres?

–Pues mira a tu hermano, lo he visto cargar con una sola mano una pila enorme de platos sucios que deben de pesar por lo menos cuarenta kilos. También lo he visto darse un salto mortal en el aire y aterrizar de pie... ¡claro que no con los platos en la mano!

–Hmmm... sí, es cierto, mi hermano es bastante fuerte. Y para responder a tu pregunta, me imagino que así nos hizo Dios, y punto... lo que me recuerda el chiste del elefante y el ratón. ¿Se lo saben?–. Todos me pusieron atención–. Cierta día, un elefante enorme paseaba por la selva cuando de pronto se topó con un ratoncito. El elefante dijo en tono burlón:

–¡Vaya, vaya! Parece que tenemos por aquí al ejemplar más insignificante de la jungla. ¡En cambio yo soy el más grande y fuerte de todos!

El ratoncito le respondió con una voz que apenas se oía:

–Tienes razón –y luego de un profundo suspiro, agregó–... ¡lo que pasa es que he estado enfermo!

–¡Jaja, jaja! ¡Ese sí que está bueno! –rieron todos.

–¿Escucharon el chiste del... –y en ese instante entró corriendo el cocinero.

–¡MUCHACHOS! ¿Están listas las papas? ¡El comedor está lleno y tenemos que servir las de una vez!

–¿LAS PAPAS? –gritamos todos en coro.

Cuando el cocinero se dio cuenta de que la máquina de pelar aún estaba girando, se abalanzó sobre ella y la apagó de inmediato. Luego abrió la tapa, y echó un vistazo adentro.

–¡No lo puedo creer! ¡Se olvidaron de las papas! –Todos bajamos la cabeza, avergonzados. El regaño no había terminado:

–Mientras ustedes se la pasaban conversando y contando chistes, el pelapapas no paró de pelar, ¡y ahora las papas están del tamaño de una canica! ¡Fíjense! ¡Hay más

papa en el tacho de basura que dentro de la máquina! –dijo furioso, mientras levantaba el tacho repleto para que lo viéramos bien.

–¡Lo lamentamos mucho! –dijo Beto, cabizbajo.

Pero el cocinero no parecía satisfecho con la disculpa.

–Pues láméntenlo todo lo que quieran, pero ni diez mil disculpas solucionarán el problema. ¡Tenemos mil estudiantes hambrientos esperando que les sirvamos papas para el desayuno! ¿Qué va a pasar cuando me presente con estas papitas ridículas?

En realidad no era mucho lo que podíamos hacer porque ya casi era la hora del desayuno. Así que no nos quedó más que servir lo que había quedado de las papas. Los alumnos, impacientes por desayunar, se alegraron mucho al vernos llegar con las fuentes.

–¡Por fin! ¡Llegaron las papas! –gritaron–. Pero, ¿por qué tan pequeñas? –preguntó uno de ellos.

Al rato apareció el muchacho encargado de la cafetería de la escuela y nos dijo:

–¿Cómo es posible que fueran tan irresponsables? ¡Cuando los contraté, pensé que serían personas responsables y fiables! Les daré una última oportunidad, muchachos. ¡Otro error como éste y se quedarán sin empleo! ¡A LA CALLE!

Y así termina el cuento del pelapapas. Abuelito preguntó:

–A ver Manolo, ¿qué has sacado en limpio de todo esto?

Manolo contestó:

–Aprendí que uno debe ser cuidadoso cuando trabaja y no distraerse ni ponerse a jugar. Abuelito nos sonrió:

–¡Pues sí! La verdad es que tú y Lupita se distrajeron en lugar de hacer bien las cosas. Esta vez lo que ocurrió no fue grave, pero debemos tener presente que cuando somos descuidados o negligentes nos abrimos a la posibilidad de que se produzca un accidente grave o incluso simplemente a cometer errores que pudieron haberse evitado. Volviendo a lo del pelador... les aseguro que a partir de entonces, ¡nunca más volvimos a quitarle la vista cuando preparábamos papas! ¡Esa fue la primera y última vez que se nos olvidó! Cada vez que arrancábamos la máquina tomábamos el tiempo con cronómetro y llevábamos la cuenta hasta el segundo: «Dos minutos con 56, 57, 58... ¡3 minutos! ¡Apáguela!»



- Y tú, ¿te esmeras y haces con cuidado tus deberes?
- ¿Alguna vez echaste a perder algo por andar distraído o hacer las cosas con desgano? Relata tu experiencia.
- Habla sobre las ventajas de ser responsable y hacer las cosas bien. ¿Qué beneficios reporta?

El cuento del oso

Aquel verano recorrimos en auto la zona occidental de Estados Unidos. Todo el mundo estaba cansado de tanto manejar, así que decidimos pasar la noche en un parque nacional. Después de una cena al estilo camping, llegó la hora de recoger los platos sucios y los restos de comida.

–Juani y Felicia, mientras mamá y yo montamos la carpa, ¿pueden terminar de guardar la comida y sacudir el mantel?

–Claro que sí, papá –respondieron los niños.

–Oye, Felicia, ven a ver esto. ¡Hay un nido en el suelo! –gritó Juani–. Qué raro, me pregunto de dónde salió.

Se entretuvieron con tantas cosas que no limpiaron muy bien que digamos. Mientras armaba la carpa me puse a pensar que no estaría de más cubrirla con el mantel, que era de plástico. Así, si llegaba a llover por la noche habría menos posibilidades de que se filtrara la lluvia. Como era de noche y estaba muy oscuro, no me di cuenta de que los chicos no habían limpiado el mantel con suficiente cuidado y se le habían quedado adheridos varios pedacitos de comida y migas de pan. Esa noche...

–¿Y ese ruido? –preguntó mi esposa, sobresaltada.

–¡Es un oso! ¡Nooooooooooooo! ¡Parece que está tratando de lamer los restos de comida que quedaron en el mantel!

–¡Es enorme, cariño, y mira las garras tan afiladas que tiene! ¡Espero que no le haga un hueco a la carpa... y que no se nos caiga encima!–. Mi pobre esposa estaba muerta de miedo.

–Ay, Dios mío, ¡por favor muéstranos qué debemos hacer en esta situación tan peligrosa! Por favor, ¡protégenos de este oso hambriento!

Les diré que cuando uno escucha así de cerca cómo resopla un oso, y cuando lo oye lamer la tienda de campaña donde está uno, a pocos centímetros de su propio oído, lo único que recuerda es lo que le dijo el lobo al puerquito: «¡Soplaré y soplaré, y tu casa derribaré!» Cuando el oso comenzó a apoyar las patas en el mantel, decidí que había llegado la hora de salir corriendo. ¡Porque con lo fuertes y pesados que son los osos, temía que nos tumbara la tienda encima!

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó mi esposa.

¡Por toda respuesta a su pregunta, salí de la carpa, linterna y hacha en mano, pegando gritos y alaridos, y así conseguí espantar al oso, que huyó despavorido!

–¡Largo de aquí! –le grité.

Juani y Felicia se habían dormido en la parte trasera del coche y habían dejado la puerta ligeramente abierta para poder respirar aire fresco. Mi querido hijo tuvo una reacción muy inteligente: cuando oyó nuestros gritos y se dio cuenta de que había un oso en el campamento, alargó el brazo y cerró la puerta de inmediato, con lo que él y Felicia estuvieron a salvo en la seguridad de la camioneta.

Cuando se fue el oso y pasó el peligro tuve una buena conversación con los niños. Todos aprendimos que debemos ser responsables y hacer las tareas que nos corresponden con esmero, porque de lo contrario, incluso un pequeño descuido puede provocar graves accidentes o ponernos en peligro.

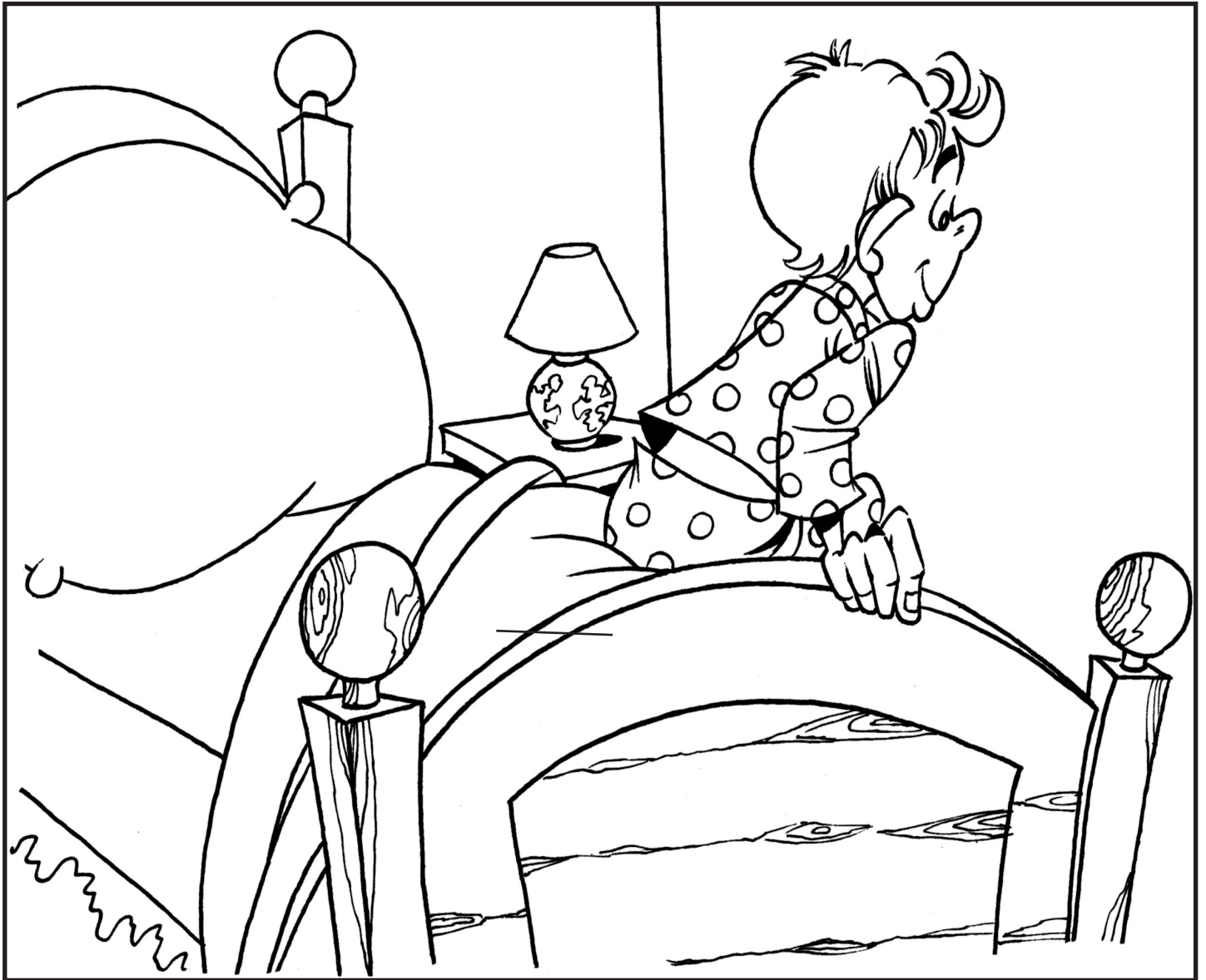


- ¿Qué olvidaron hacer los niños cuando se les pidió que limpiaran después de la cena?
- ¿Cómo crees que harían la tarea en la próxima oportunidad?
- ¿Qué cosas de poca importancia pueden provocar grandes problemas si no las hacemos debidamente?





Ejercita la memoria

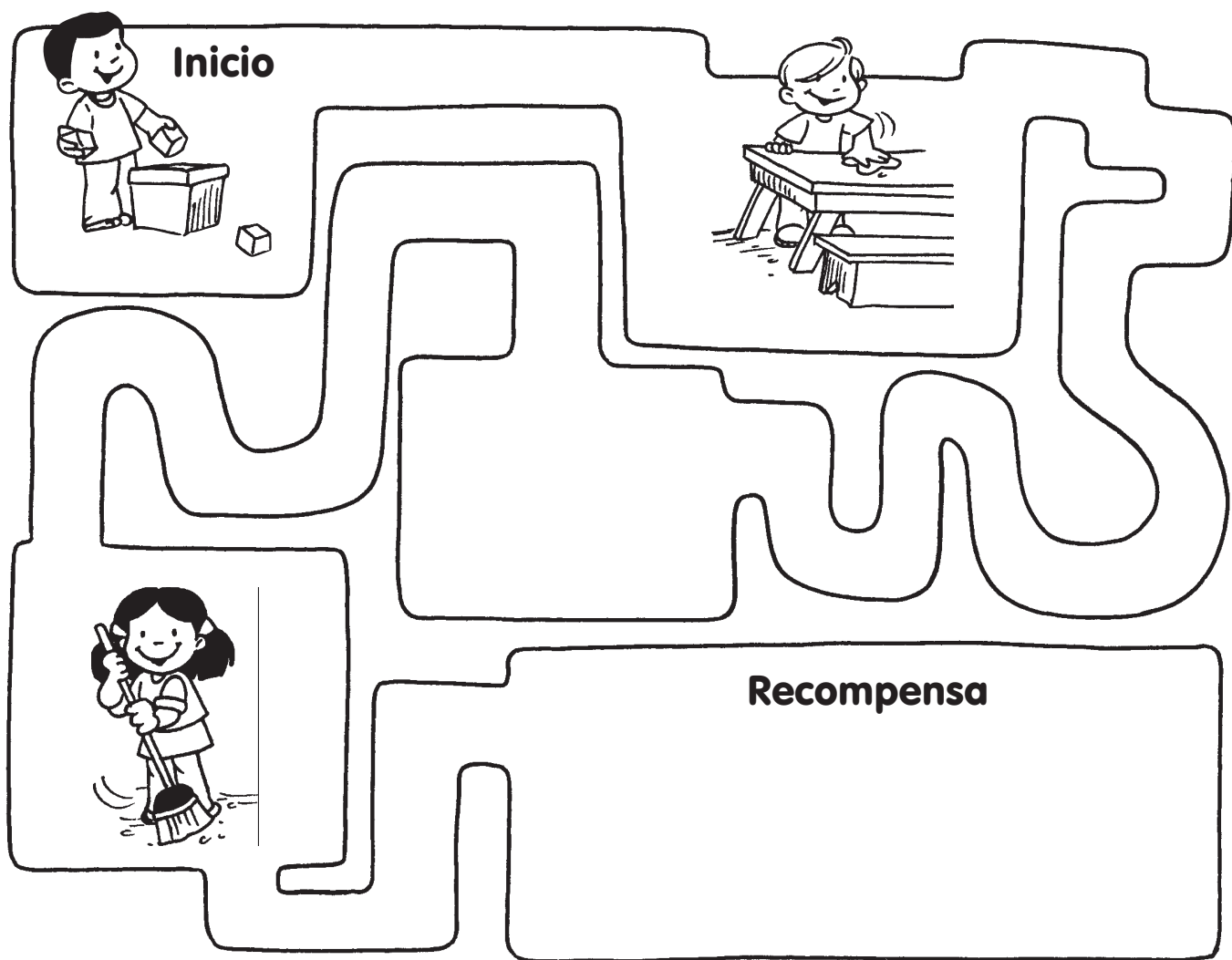


Si haces bien las cosas pequeñas, también
harás bien las grandes.

¡Saca el lápiz!

Laberinto del esmero

Ábrete paso en medio del laberinto y descubrirás maneras de ayudar a los demás. En medio del laberinto encontrarás un casillero en blanco. Cuando llegues, haz un dibujo que ilustre una tarea que se te podría confiar. En el último casillero dibuja una de las recompensas que obtienes cuando haces bien las cosas.



**El que hace las cosas con esmero,
en prosperar es el primero.**

¡Saca el lápiz!

Sopa de letras



Un hombre fiel abundará en bendiciones.

**Si eres confiable en las
pequeñeces, serás
confiable en las cosas
grandes.**

Busca las dos citas escondidas.
Pista: tienen que ver con hacer bien las cosas.

Encierra con el lápiz las palabras que encuentres y arma las frases. Puedes buscar horizontal, vertical o diagonalmente.

I	C	G	H	A	G	R	A	V	W	S	Q	L	B	W		
X	L	D	E	I	C	A	D	Z	F	U	E	U	I	T		
P	S	T	U	N	H	O	M	B	R	E	F	I	E	L		
A	B	U	N	D	A	R	A	E	N	G	H	T	Y			
B	E	N	D	I	C	I	O	N	E	S	V	F	L	D		
H	L	I	R	H	W	T	T	I	P	S	N	A	R	G		
F	L	N	C	O	N	A	H	F	N	V	O	I	C	L		
T	M	C	R	U	S	H	E	W	X	G	T	N	M	G		
S	I	E	R	E	S	C	O	N	F	I	A	B	L	E		
E	N	L	A	S	P	E	Q	U	E	Ñ	E	C	E	S		
S	E	R	A	S	C	O	N	F	I	A	B	L	E			
E	N	L	A	S	C	O	S	A	S	G	R	A	N	D	E	S
B	C	G	Y	I	R	Q	B	E	T	N	M	E	O	B		
F	G	F	U	H	D	Y	L	E	T	P	T	S	S	M		
T	R	Q	U	E	R	N	D	A	S	F	R	L	P	N		



Cortar y pegar



Manos que ayudan



Materiales:

papel
lápices de colores
lápiz
pegamento blanco
tijeras



Cómo hacerlo:

¿Se te ocurre alguna manera de ayudar en tu casa o en la escuela? En un pliego de papel de color, haz un mural sobre las «manos que ayudan» para decorar tu aula.

- Marca y recorta la mano que aparece más abajo.
- Puedes hacer dos manos, una para ayudar en tu casa y la otra para ayudar en la escuela.
- Escribe en los dedos las distintas formas en que puedes ayudar a los demás.
- Colorea las manos.
- Abajo, escribe tu nombre.
- Pega las manos en una cartulina de color o exhibelas en la cartelera de tu aula.



Piensa...

¿Te cuesta, de cuando en cuando, hacer tus tareas con esmero y dedicación? Pues si es así, intenta ponerle entusiasmo a cada tarea que te toque hacer, por insignificante que parezca. Lo que haces a medias a la larga te da más trabajo. Por eso, prueba y verás que si le pones más empeño a tus tareas y las haces como Dios manda, a la larga te resultará más fácil. Lo único que debes hacer es esforzarte al máximo por entregarte en cada cosa que hagas. Es muy importante aprender a entregarse a la tarea y ponerle empeño, porque si haces de todo corazón las cosas pequeñas, se te podrán confiar otras mayores. Y si te interesas sinceramente en las cosas que parecen insignificantes, ¡recibirás más! Así que, ¡a entregarnos de lleno! ¿Te atreves? ¿Por dónde empezar? Muy fácil: ¡entregate ya, en este preciso instante!



Formación en valores

Curso para la formación de valores y el desarrollo de la inteligencia emocional y social de los niños, en 20 módulos.

Enseña habilidades para encarar eficazmente las exigencias y desafíos de la vida diaria. Pueden impartirlo indistintamente padres de familia, orientadores, monitores y maestros, en casa, en el aula, en campamentos educativos, colonias de vacaciones, etc. Cada módulo se centra en una virtud, cualidad personal, habilidad social o destreza comunicacional de gran

importancia para adquirir una sana autoestima y disfrutar de una vida gratificante en paz y armonía con los demás.



SBA-KS-S06 - Hacer bien las cosas

Hecho en México



Distribuido por Prodidsa
Tel. (52-81) 8123-0605 ó 01-800-714-4790
E-mail: prodidsa@prodidsa.com
www.prodidsa.com

